

089. La Bendita entre las mujeres

Antes de que se desplomara el comunismo en Rusia, y cuando en ella resultaba tan peligrosa cualquier manifestación religiosa, un conocido cantante italiano se dio una gira por los países del antigua URSS, y se preguntaba:

- *¿Qué voy a hacer? ¿Incluyo o no incluyo el Ave María de Schubert en el repertorio de lo que he de cantar?*

Después de varias dudas, se decide: *-Es posible que me vengan algunas complicaciones. Pero, si siempre lo hago, porque este obsequio no se lo niego nunca a la Virgen, ¿por qué la voy a omitir ahora en Rusia?...*

Probó fortuna, y vino la gran sorpresa. Apenas suenan las primeras notas, un aplauso del público, y al acabar, una ovación como nunca había recibido el cantante.

Una vez más, venía a confirmarse la palabra de Dios, pronunciada por la misma Virgen María: *-Me aclamarán dichosa todas las gentes.* Aquel aplauso y aquella sonada ovación eran un eco del saludo de Isabel, lanzado a voz en grito y repetido después millones y millones de veces: *-¡Bendita eres tú, María, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tus entrañas!* (L. 1,42 y 48)

A su vez, la canción y el aplauso eran un buen augurio. No mucho después, caído el comunismo en la Unión Soviética, volvía a mostrarse visiblemente Jesucristo en aquellos pueblos sufridos, de los cuales nunca lo había podido desterrar la persecución sangrienta...

María, la “Bendita”, no entraba sola ni solo en una simple canción. Llevaba consigo, como no podía ser menos, el “Fruto” de su seno virginal...

El “Bendita” entre las mujeres, proclamado por Isabel, tenía una historia tan antigua como la Humanidad. En el paraíso, la Serpiente triunfadora ha de oír un augurio funesto: *-¡Maldita tú entre todos los animales de la tierra!...* Augurio funesto para la Serpiente, desde luego; pues para nosotros era un augurio lleno de esperanzas: *-Pongo enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, descendencia, la de la mujer, que un día te machacará la cabeza...*

Desde entonces, la Humanidad soñaba en la Mujer bendita que traería ese vástago, y el pueblo hebreo, depositario de la promesa mesiánica, se preguntaba cada vez que veía surgir una gran mujer de su raza: *-Sara, no... Rebeca, tampoco..., Raquel, tampoco... La “Bendita” vendrá de ellas, pero no son ellas...*

Isaías la señala con el dedo en una profecía mesiánica la más célebre: *-Miren a la virgen encinta; da a luz un hijo, y le pone por nombre “Emmanuel”, Dios con nosotros* (Isaías 7,14)

A partir de este instante, cualquier mujer distinguida en Israel se lleva la pregunta anhelada: *-¿Será ella?... Judit, no... Ester, no... ¿Cuándo aparecerá la más “Bendita” entre todas?...* Esas preguntas se las han hecho todas las hijas de Israel, porque todas sueñan en la Mujer bendita de la Promesa..., sueñan llenas de envidia y llenas de ilusión.

Isabel la reconoce, iluminada por Dios, y repleta del Espíritu Santo:

- *¡Si es Ella! ¡Si aún no se ha casado, y está encinta!... Si esta mi jovencita prima tiene un seno que es virginal, ¿cómo es que viene a mí, como Madre de mi Señor?... ¡Ella, y no otra, es la Virgen-Madre que nos trae al Dios con nosotros!... ¡Esta es la “Bendita entre todas las mujeres”, y es “Bendito el Fruto de su vientre”...*

La “Bendita”, con el “Fruto bendito de su seno”, ha atraído la bendición al mundo entero, como se lo anunciaba gozoso Pedro al pueblo judío cuando los Apóstoles recibieron al Espíritu Santo: *-Vosotros sois los descendientes de los profetas y de la alianza establecida con Abraham, al que dijo Dios: A través de tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra* (Hech. 3, 25). ¡Qué bien lo canta un exquisito poeta!

Virgen más pura que la luz del día,
Virgen más bella que en Oriente el Sol,
¡Bendita siempre seas, oh María!
¡Bendito sea el fruto de tu amor!
¡Oh Virgen la más bella entre las bellas,
encanto de las hijas de Israel,
a cuyos pies se agrupan las estrellas
por servir a su Reina de escabel.
Virgen digna de Dios, cuya hermosura,
canta el ángel y adora el serafín:
toda eres bella Tú, toda eres pura,
la gloria de Dios se muestra en ti.
Toda eres bella, sí, flor de las flores
y rosa de las rosas del Edén,
Esposa del amor de los amores,
Virgen y Madre del eterno Bien
Virgen pura, entre todas elegida,
Reina del Cielo y gloria del Señor.
¡Oh Madre del amor que da la vida,
llévanos a la vida del amor” (*Restituto del Valle Ruiz*)

María es bendita por nosotros y para nosotros. Iguaal que lo es el “Fruto” de su seno virginal, pues, como proclama San Pablo, *en Cristo Dios nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales* (Efesios 1,3)

El Doctor de la Iglesia San Buenaventura nos lo recuerda con expresiones gozosas, refiriéndose a la Virgen María, a Jesucristo y a nosotros: *-¡Oh Tierra bendita, la que produce la Bendición de todos los hombres! ¡Tierra que, empapada del rocío del Espíritu Santo, germina el Fruto Bendito! Solamente en este Árbol Bendito que es María Virgen cosecharás el Fruto Bendito que es Jesús.*

Entonces, ya lo sabemos: ¡A María, para hartarnos con el Fruto sabroso del árbol del paraíso!... ¡Qué maldición la de la Serpiente! ¡Qué bendición, la de la Nueva Eva!...